

parecer, disminuir el número de los procesos enviados á la Curia, é introducir asimismo el mejoramiento en la vida interior eclesiástica (1).

Mas el Emperador se interesaba muy poco, á la sazón, por el remedio de los males que afligían á la Iglesia, moviéndose casi únicamente por motivos políticos; es á saber; por el deseo de obligar al Papa, por todos los medios posibles, á que entrase en la Liga de Cambray; las negociaciones diplomáticas, las amenazas de un cisma con un concilio general; todo se empleó para dicho objeto (2). Respecto del concilio, propuso Maximiliano, en Enero de 1511, la condición de que primero se tratara con el Papa y con los cardenales acerca de semejante asamblea; pero luego que hubieron fracasado las negociaciones de Lang, y Luis XII mandó convocar aquella asamblea precipitadamente, el Emperador declaró á 5 de Junio de 1511, hallarse enteramente conforme con ello (3); y poco después envió á los reyes de Hungría y Polonia el escrito de invitación, con el ruego de que mandaran al concilio sus representantes y movieran á sus prelados á presentarse en el mismo (4).

El Rey de Francia Luis XII fué tan adelante en su odio contra Julio II, en el año de 1511, que hizo ridiculizar en la escena al Supremo Jerarca de la Iglesia de una manera vergonzosa. Uno de sus publicistas políticos, Pedro Gringoire, compuso una farsa, la cual se representó en París con real privilegio en la plaza del gran mercado (aux Halles), el martes de Carnaval de 1512. Presentábase en las tablas el príncipe de los locos, con su corte de locos de todas clases: hablaban de las cosas del tiempo, de la contienda con los ingleses, de la guerra con la Iglesia, y uno de los locos aseguraba al público:—«El Príncipe de los locos no desea más que la paz—para bien y felicidad de su pueblo»;—sobre lo cual observaba otro:—«¿Qué aprovecha esto? La Iglesia no da

(1) Gebhardt, *Gravamina*, 69 (2.<sup>a</sup> edición, 81). Cf. también Knepper, *Nationaler Gedanke u. Kaiseridee bei den elsäss. Humanisten* (Erläut. u. Ergänzung zu Janssens *Gesch. d. deutschen Volkes*. Edición de Pastor, I, cuaderno 2 y 3. Friburgo 1898), 174.

(2) Cf. Ulmann, II, 419 s. Hergenröther, VIII, 451.

(3) Goldast, 411, 428 sq. Ulmann II, 434-435. Cf. también Janssen, *Reichsrespondenz*, II, 480, y Bianchi, *Materie polit. degli Archivi Piemontesi* (Bologna 1876), 200.

(4) Acta Tomiciana, I, 205, 212. Fraknói, *Ungarn und die Liga von Cambray*, 85-86.

sosiego, y quiere mandar aun al Estado temporal.—¿Cómo es posible de esta suerte la paz?»

Entre los cortesanos se hallaba también el *général d'Enfance*, el cual entraba corriendo en la escena, montado en un caballo de madera, con una alabarda infantil, y gritando: «Hon-hon, men-men, pa-pa, te-tet!» Tan luego como estaba completa la reunión de los consejeros, se presentaba asimismo el príncipe, después de lo cual el *Seigneur de la Joie* anunciaba el argumento:—«¡Atrás, hipócritas de uno y otro sexo; no os queremos sufrir más, por mi fe!»

En el consejo del príncipe es admitida también la *Sotte commune*, que representa á las clases bajas del pueblo, las cuales no se preocupan por la contienda con el Papa; pero en cambio el pueblo no obtiene de los señores distinguidos sino burlas y escarnios; y cuando se lamenta de que ellos se entrometen siempre en los negocios de otras gentes, y á ella le toca solamente pagar y aguantarse, se ríen de ella sin consideración.

De súbito se presenta un nuevo huésped: una señora adornada con las insignias de la dignidad eclesiástica, que se hace pasar por la Madre Iglesia. La acompañan las locas *Confianza* y *Ocasión*, la última de las cuales le promete particular auxilio. La noble señora pretende juntar en sus manos el poder eclesiástico y secular, se manifiesta pendenciera, maldice y lanza sus anatemas. Por lo que á ella misma se refiere, dice:—«Bien sé que dicen que deliro, y que me he vuelto loca en mi vejez; pero las pendencias me agradan y por eso regaño en todo lugar.»

Pretende atraerse á la alta nobleza y á los prelados, y moverlos á apartarse del príncipe; y los prelados siguen realmente su invitación; sobre lo cual se traba una riña y refriega, en la que la *Sotte commune* lleva la peor parte. En aquella pelea la dama Iglesia pierde su disfraz y es entonces conocida: pues, no es en realidad la Iglesia, sino una embustera; la *Mère sotte*, á quien ahora escarnecen y expulsan.

El sentido de esta farsa era harto claro; pero todavía se expresaba más paladinamente un sainete que seguía después. En él se presentaban el pueblo francés y el italiano, y con ellos además un señor Duro-de-cascos (*l'Homme obstiné*), que venía con dos acompañantes: la Simonía y la Hipocresía. El Duro-de-cascos

representaba al Papa Julio II, de quien se decía: «que no podía abstenerse de hacer mal, aliándose con ladrones y homicidas, y que estaba amenazado de los divinos castigos» (1).

En Mayo de 1511 hizo el rey de Francia componer otro libelo, para crear atmósfera en favor de su concilio. Dicho escrito llevaba por título: «Tratado de la diferencia entre los cismas y los concilios de la Iglesia, y de la preeminencia y autoridad de los concilios de la santa Iglesia galicana», y su autor, el belga Juan Lemaire (2), presenta todas las cosas del revés; pretendiendo demostrar, que las excisiones de la Iglesia proceden del Papa, y por el contrario, las asambleas eclesiásticas saludables, de los príncipes seculares. El libelo de Lemaire se divide en tres partes; en la primera se esfuerza por demostrar, que las donaciones de dominio temporal han producido en la Iglesia los más perniciosos daños, y que, para remedio de sus funestas consecuencias, hubieron de ser convocados los primeros concilios generales. La segunda parte tenía por objeto establecer los provechos de las asambleas de la Iglesia galicana en pro de la católica fe; la tercera contenía las demás excisiones de la Iglesia, y hacía mención del futuro cisma, el cual, según las profecías, sería el mayor. Tres son las cosas que, según Lemaire, han perjudicado sobre todo á la Iglesia: la ambición de poder, madre de la codicia; la negligencia en celebrar concilios y la prohibición del matrimonio á los sacerdotes de la Iglesia latina.

Lemaire no se cansa nunca de impugnar la malicia, ambición y codicia de dinero de los malos papas; y habla asimismo con mordaz ironía, del «Papa actual», que, del todo recalcitrante, y marcial con su arnés, no quiere cesar de guerrear, aunque le sienta tan bien, como la danza á un monje con botas de montar. A pesar de lo cual no engendrará, como él cree, el monstruoso aborto de un mundo nuevo; pues, siempre los cerdos comerán

(1) V. Lotheissen, Politik auf der Bühne, en la Frankf. Zeitung de 3 de Enero de 1880; edición de la mañana. Allgem. Zeitung 1870, Nr. 168 Beil. («Zur Rabelais-Literatur»). Creizenach, I, 441 s. Birch-Hirschfeld, Gesch. d. französ. Literatur, I, 53 s. Champfleury, Hist. de la Caricature sous la réformat. (París, s. a.) 3, y Romania, VII (París 1878), 262 ss.

(2) Cf. Becker, Jean Lemaire, der erste humanistische Dichter Frankreichs (Estrasburgo 1893), 162 s., de cuya exposición se ha tomado lo que sigue. Cf. también Maulde, Origines, 272, y Farinelli en la Rassegn. bibl. d. Lett. ital. IV, 246.

bellotas, y las encinas dejarán caer las hojas en tiempo oportuno, y se empleará la madera en aquello para que sirve. El libelo polémico de Lemaire, compuesto en la lengua popular, y por consiguiente, destinado á una gran difusión, contenía además varios accesorios, todos los cuales apuntaban con parecida hostilidad contra Julio II.

Luis XII aceptó la dedicatoria de aquel escrito, y toleró asimismo que se hiciera burla del Papa con afrentosas láminas. Una de ellas mostraba al Papa en medio de cadáveres, y su bandera abatida por el suelo; á su lado se hallaba vacío el trono pontificio; Francia, en la figura de un guerrero coronado, velaba sobre aquel trono, y la misma figura arbolaba el oriflama, en que se leía: «Luis tiene poder» (1). Otra imagen de un libro de la biblioteca privada del Rey, presenta á la Iglesia como una señora abandonada en una basílica. Junto á ella una figura con el sobreescrito «Disolución». Esta figura derriba una columna, de manera que la techumbre amenaza desplomarse. Otra figura «Charité», pone la mano sobre el hombro del rey de Francia, el cual acude en auxilio del vacilante edificio de la Iglesia (2). Lo que habían representado los pintores franceses, lo repetían los escritores asalariados de Luis XII, Lemaire, Juan d'Auton, de Seyssel y otros: ¡el monarca francés tenía la incumbencia de reformar la Iglesia con la mayor celeridad! (3)

Mientras de esta manera, las dos principales Potencias europeas se proponían celebrar un concilio cismático, y así Francia como los cardenales disidentes empleaban todos los medios para atraer también á su partido al rey Enrique VIII de Inglaterra y á los húngaros (4), no perdió el ánimo Julio II; antes bien, como en otras ocasiones, mostró asimismo entonces, cabalmente en la desgracia, toda su energía y fuerza de carácter. Hallándose todavía en Rímmini, hizo publicar una declaración en la que atacaba hábilmente uno de los más débiles puntos de la citación; es á saber: el

(1) Lacroix, Louis XII et Anne de Bretagne, 497.

(2) Musée de l'Erémitage, en Petersburgo. Maulde, Origines, 273, 358.

(3) Maulde, l. c. 273. Cf. Bull. crit. XI (1890), 159.

(4) Cf. las cartas del Ms. Vitellius B. II, perteneciente al Museo Británico, publicadas por Creighton, IV, 289-291. Sobre Hungría, que por consejo del sagaz Bakócz se encerró al principio en la neutralidad, v. Fraknói, loc. cit.

haberse atrevido los cardenales disidentes á proceder en nombre del Sacro Colegio, poniendo por sí y ante sí, al pie de aquel documento, aun los nombres de los cardenales ausentes. Contra esto afirma rotundamente Julio II, que dos cardenales le habían participado de modo explícito, no poderse decir en manera alguna, que ellos hubiesen declarado su consentimiento; sino que se había abusado de su nombre. A tan grave acusación respondieron Carvajal y sus colegas, de una manera muy significativa: que también ellos solos eran suficientes para dar legitimidad al acto (1).

Julio II atormentado por la enfermedad y los cuidados, salió de Rímimi á 3 de Junio de 1511; el 5 se hallaba en Ancona, el 11 en Loreto y el 20 en Terni, donde, con grandísimo disgusto suyo, hubo de ser testigo de las contiendas de aquellos habitantes con los de Spoleto. Las copiosas lluvias le obligaron á detenerse en Cività Castellana, donde corrieron á su encuentro los delegados de los romanos, que solicitaban urgentemente su regreso. A 26 de Junio llegó á la Porta del Popolo, y al siguiente día, bajo un sol ardiente, revestido con todos sus ornamentos pontificales, y alegremente saludado por los romanos (2), se dirigió á San Pedro, á donde llegó de todo punto exhausto. «Este fué el término de nuestra fatigosa é infructuosa expedición», escribe Paris de Grassis (3); y en realidad, Julio II regresaba enfermo é impotente á su capital, de la que había salido nueve meses antes lleno de esperanzas de alcanzar la victoria y expulsar completamente de Italia á los franceses. Mas ahora las tropas pontificias y venecianas se hallaban dispersas, y el enemigo podía apoderarse de Roma y del Estado de la Iglesia, y destituir al Papa.

En aquel extremo apuro, en que todas las cosas se hallaban en peligro, se mostró de nuevo, cuán infinita superioridad daba á Julio II su firme resolución y su ánimo inflexible, sobre sus va-

(1) Raynald, 1511, n. 7. Hergenröther, VIII, 453.

(2) Esto lo hace resaltar, como testigo de vista, un estudiante holandés, Cornelius de Fine, cuyas interesantes memorias (*Diarium*) hallé yo en la *Biblioteca nacional de París*. El tomo IV de la presente obra traerá pormenores sobre ellas.

(3) Paris de Grassis, ed. Frati, 284-293. Sanuto, XII, 231, 243, 257, 273. Lettres de Carondelet, 115, \*Acta consist. f. 29 (*Archivo consistorial del Vaticano*) y la \*Crónica en *Varia Polit.* 50, f. 61. *Archivo secreto pontificio*. Cf. también *Atti dei Lincei* 1892, Serie 4, *Scienz. mor.* X, 15.

cilantes y desunidos adversarios (1). La esperanza principal del Papa estribaba en el auxilio del monarca español, á quien había enviado un extenso escrito y un embajador especial (2).

«Con ansiosa expectación, escribe Guicciardini, esperaba Italia y todo el mundo, de qué manera se aprovecharía Luis XII de su victoria; pues, fuera de la majestad del Pontificado, no tenía Julio II ninguna otra defensa. Pero ya fuese escrúpulo religioso, ó temor de concitar contra sí á todo el mundo, el monarca francés tomó la resolución de no llevar las cosas al extremo; antes bien dió orden á Trivulzio, para que se retirase á Milán, y mandó presentar al Papa proposiciones de paz: el Rey desistía del concilio, con tal que se perdonase á los cardenales disidentes; asimismo movió á los Bentivoglio á declarar, que por ninguna manera pensaban rebelarse contra la soberanía de la Iglesia (3).

También á los cardenales disidentes les faltó aquella resolución y unidad, indispensables para obtener el triunfo. Ante todo influyó en esta parte, no haber querido dar su asentimiento los cardenales Felipe de Luxemburgo, Adriano de Corneto y Carlos del Carretto, cuyos nombres habían puesto los cismáticos, por sí y ante sí, al pie de la citación; antes bien se pronunciaron contra este abuso de su nombre, y declararon explícitamente, no tomarían parte en el concilio antipapal (4). El cardenal Hipólito de Este adoptó una actitud ambigua, que más adelante condujo á su reconciliación con el Papa (5). El cardenal Gonzaga, á quien los cismáticos se habían esforzado por atraerse, ya á fines de Mayo se apresuró á unirse con Julio II (6). Un contempo-

(1) Brosch, Julius II. 225. Sobre el ánimo del Papa, sumamente excitado contra los desleales boloñeses, v. la relación de Fumi, Carteggio, 150.

(2) Hefele, Ximenes, 434.

(3) Guicciardini, X, c. 1. Lettres de Louis XII. II, 250, Lehmann, 13.

(4) Sanuto XII, 218. Hergenröther, VIII, 437-438. Gebhardt, Adriano von Corneto, 21-22. Aquí, p. 17 s., se dan también pormenores sobre la huida misteriosa de Roma del cardenal Adriano, en el año 1507. Gebhardt no ha utilizado un breve de Julio II al rey de Inglaterra (desgraciadamente sin fecha, pero como el documento precedente es de 4 de Noviembre de 1505, pertenecerá sin duda también á este tiempo) sobre el cardenal Adriano, en que se lee: *Card<sup>us</sup> predictus apud nos nunquam honori tuo detraxit.* \*Lib. brev. 22, f. 256. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Por Octubre de 1511, el cardenal Hipólito fué á Ferrara á visitar á su hermano con autorización del Papa. Le Glay, I, 441.

(6) Paris de Grassis, ed. Frati, 283.

ráneo sagaz, el embajador de Venecia, escribía por este motivo, ya á 3 de Julio del año de 1511, que la causa del concilio de Pisa estaba perdida (1).

Mientras Julio II negociaba con Francia, resolvió quitar todo pretexto á los cardenales cismáticos, y arrancarles de las manos el arma del concilio. A 25 de Julio de 1511 se fijó en San Pedro una bula, fechada el 18 del mismo mes, por la que se convocaba un Concilio general, que debería reunirse en Roma en 19 de Abril de 1512. En la introducción de aquel documento, ponderaba el Papa la dignidad de la Iglesia romana, santificada por la sangre de los mártires, conservada inmune de todos los errores, y elevada sobre todas las demás Iglesias por el Primado; y asimismo la obligación que tenía su Pastor, de proceder resueltamente contra todos los conatos cismáticos que pudieran amenazar á la unidad eclesiástica. Describía luego la conducta de los cardenales disidentes, y refutaba sus pretextos y aparentes razones, protestando además que, tanto siendo cardenal, como desde que era Papa, había trabajado para la reunión de un Concilio general, y no era culpa suya no haberse celebrado antes. A continuación se insistía enérgicamente, en que los concilios no pueden ser convocados sino por el Papa, y los que se reunieren de otra suerte, no pueden ser considerados como valederos, lo cual se aplicaba de una manera particular al concilio de Pisa; pues hasta la misma imposibilidad de presentarse en él dentro del término fijado por los cismáticos (1 de Septiembre), hacía inválida la convocación de semejante asamblea.

Para oponerse á las peligrosas tendencias cismáticas, y asegurar los derechos de la Sede Apostólica, el Papa, después de haber oído á los cardenales, y con asentimiento de ellos, declaraba, con la plenitud de su autoridad apostólica: que el decreto de convocación fechado en Milán á 16 de Mayo de 1511, con todo su contenido y consecuencias, era ilegítimo, nulo y de ningún valor; que los que le obedecieran incurrirían en las más graves penas eclesiásticas; los promotores y sus colegas serían depuestos de sus dignidades, y las ciudades ó lugares que los admitiesen ó diesen auxilio, quedarían sujetos al interdicto. Por el contrario, el Papa, para poner por obra su propósito, y además para combatir las opiniones heréticas todavía no destruídas, y el naciente cisma; para

(1) Sanuto, XII, 267.

promover el mejoramiento de las costumbres de los eclesiásticos y de los legos, la paz y concordia de la Cristiandad, y asimismo la guerra santa contra los turcos, convoca un Concilio ecuménico en Roma, el cual deberá abrirse en Letrán, en la Pascua del siguiente año, 19 de Abril de 1512 (1).

(1) Esta bula se halla en Raynald, 1511, n. 9-15. Bull. V, 499 sq. Labbe, XIX, 681 sq. Hergenröther, VIII, 454 s. Cf. Fumi, Carteggio, 151-152, y Sanuto, XII, 304, 321, 322 s., 330, 362, 371. Lettres de Carondelet, 117. Según las \*Acta consist. f. 29, la bula relativa al concilio se leyó en un consistorio secreto el 18 de Julio de 1511. *Archivo consistorial del Vaticano*.